

¿EXISTE TODAVÍA EL PECADO?

Con apariencia provocativa, la pregunta del título viene a ser una duda metódica. El autor sabe muy bien a dónde quiere llegar. No sin desandar primero el camino para rehacerlo, libre de obstáculos. Para ello, de entrada, se plantea una pregunta previa: ¿qué es realmente el pecado? En síntesis, se trata de arrancar el pecado del contexto de miedo y angustia en el que una teoría y una praxis inveterada lo habían colocado para resituarlo dentro de la experiencia gozosa de la gracia y del amor de Dios, a la que nos abre la fe cristiana.

Y a-t-il encore des péchés? , Prêtre et Pasteur 104 (2001) 66-74.

Esta pregunta tan manida es una trampa de la que nunca salimos indemnes: si contestamos que no, somos de los cristianos que han abdicado de sus convicciones; si decimos que sí, nos tildarán de “carcas” y de seguir con el mismo juego de siempre. Y aquí topamos con la diatriba clásica: “¡Ya estamos otra vez a vueltas con el club de hombres que quieren imponer a las mujeres el uso de sus cuerpos!”

¿Soluciones? Una de ellas sería el método socrático -que también es el de Jesús- y que consiste en responder con otra pregunta: “Dígame, ¿qué entiende Vd. por pecado? ¿cree que, en nuestras relaciones con los demás, hay unas conductas aceptables y otras rechazables?”

Dos rasgos caracterizan esta clase de debates. Solamente se habla de moral sexual; jamás, de moral social. Y de Juan Pablo II, sólo se habla en relación con la moral sexual y nunca nos acordamos de él cuando habla de moral social; y eso que de ella habla a menudo.

Un anticipo de mi tesis sería el siguiente: el rechazo de la mayoría de católicos, al hablar de la moral sexual de la Iglesia, es más bien un rechazo de la moral del confesionario y de la práctica de la confesión. Si aceptamos desplazar la pregunta, a lo mejor descubrimos infinitas posibilidades de hacer el bien y, consecuentemente, posibilidades también de rechazar el mal. La pastoral del pecado, de la culpabilidad y del miedo ya ha pasado, por más que un recurso masivo a este tipo de pedagogía, como vemos en la publicidad y en el ambiente ecológico, parezca seguir gustando.

Mi intento se inspira en los trabajos de Delumeau sobre el miedo, trabajos que han puesto de manifiesto el complejo entramado de la culpabilidad en Occidente. A mi entender, la culpabilización no es el presupuesto de la salvación, sino una derivación de la misma.

Seamos sinceros. O hablamos de pecado, de condena, de venganza divina, o hablamos de gracia. La tradición escolástica hablaba sin temor de que, en la humanidad, eran muchos más los que se condenaban que los que se salvaban y de que, entre los católicos, eran más los salvados que los condenados. Esto último gracias a la confesión y a los últimos sacramentos. Agustín hablaba de la *massa damnata*, a causa del pecado original que hundía a la humanidad entera en el fracaso. Incluso el mismo Tomás de Aquino decía que lo propio de una libertad falible es el pecado. Con esto quería decir que fatalmente todo ser humano estaba necesariamente condenado al fracaso. Sólo dos seres humanos se habrían librado de este destino: Jesús y María.